

las tentaciones de la iglesia

La tradición cristiana ha prestado siempre una gran atención al problema de las tentaciones. Conceptos como tentación, pecado, culpa, falta, etc., han sido un motivo constante de reflexión en las distintas tradiciones espirituales y teológicas. Sin embargo con frecuencia se ha caído en una comprensión individualista de este término. Se ha visto en él un concepto propio para determinar la problemática religiosa o ascética del individuo, algo perteneciente a la moral o a la antropología teológica. Por el contrario se ha prestado mucha menos atención a su sentido colectivo, a la importancia del fenómeno de las tentaciones como algo que recorre la historia del cristianismo y que afecta a la comunidad cristiana en cuanto tal, no sólo en cuanto conjunto de individuos sino en cuanto «discipulado», en cuanto comunidad que se presenta ante toda la humanidad como heredera de la tradición y valores que arrancan de Jesús de Nazaret.

El propósito de este artículo es exponer algunas ideas acerca del concepto de tentación y de sus significaciones para la Iglesia. Es un concepto clave de tal manera que sin una comprensión adecuada de su importancia resulta difícil comprender el sentido de la vida cristiana y lo que supone ser discípulo de Jesús. Más aún, sin una comprensión adecuada de su significado resulta difícil una percepción acertada de lo que supone la vida de Jesús de Nazaret y del significado que tiene para la comunidad de los cristianos.

Jesús no viene a presentar al hombre una doctrina suplementaria acerca de las obligaciones del hombre para con Dios. Tampoco viene a enseñarnos una doctrina «sobrenatural» cuyo contenido carece de importancia para el hombre en su vida «profana» o «natural». Jesús es el hombre que ha llegado a la plenitud de su humanidad, que se ha realizado plenamente como hombre y ha cumplido el plan de Dios que ha creado al hombre para que viva en verdad,

con felicidad y plenitud. Jesús es un modelo de cómo tiene que vivir un hombre en esta vida, y su enseñanza contiene una «filosofía de la vida» que afecta al hombre en todas sus dimensiones y aspectos.

Por eso resulta importante que reflexionemos acerca de la vida de Jesús, de los problemas con los que tuvo que enfrentarse y de la forma que tuvo de afrontarlos. Es necesario que examinemos sus dudas, temores, inseguridades y alternativas para desde ahí intentar comprender el significado de sus acciones y de sus enseñanzas. Como todo hombre se encontró con diversas posibilidades, y entre ellas eligió una, la que respondía a su propia concepción de la vida, a sus convicciones, a lo que nosotros llamamos «conciencia de su propia misión». Su vida se caracterizó por un esfuerzo constante por imponer estas concepciones en la sociedad y en los hombres con los que vivió, y esto con una fidelidad que le llevó a la muerte. De ahí la importancia que tienen las tentaciones de Jesús, las alternativas y posibilidades que se le ofrecían y que él rechazó por fidelidad a su propia misión y a los valores que predicaba. Una reflexión sobre estas alternativas, estas tentaciones, se hace indispensable para comprender la vida de la Iglesia y las distintas alternativas que se le presentan.

LAS TENTACIONES DE JESUS

Es de todos sabido que los evangelios no son un relato histórico de la vida de Jesús de Nazaret. Los evangelios son narraciones en las que se nos habla de Jesús desde la óptica de la fe: la experiencia que tienen los discípulos de que Jesús no ha muerto definitivamente, lo que llamamos experiencia de la resurrección, ocasiona una nueva «relectura» de la vida de Jesús. Su vida adquiere una nueva significación, aparece bajo una luz nueva que lleva a rememorar las vivencias y recuerdos del pasado, comprendiendo ahora estos hechos desde la clave de interpretación que supone la resurrección de Jesús. La situación de los discípulos se parece a la de unas personas que han convivido largo tiempo con otra sin conocer su verdadera identidad, y cuando descubren la personalidad oculta y desconocida del otro, comprenden de forma distinta muchas de las experiencias, sucesos y formas de comportarse del otro. La nueva identidad de la persona conocida permite una nueva comprensión en la que sucesos del pasado se ven ahora desde una perspectiva diferente.

Esta era la situación de los discípulos cuando tras la muerte de Jesús tienen una experiencia que les lleva a comprender que Dios ha resucitado a Jesús, que su existencia continúa aunque de forma distinta a la que históricamente ha tenido. A la luz de esta experiencia se identifica a Jesús con el «Cristo» y se opera una nueva comprensión de la vida del Jesús histórico.

Como resultado de esta comprensión nacen los evangelios, que no son una mera narración histórica sino que son narraciones teológicas. Quieren indicarnos que Jesús de Nazaret es el Cristo, el mesías esperado, y que su vida hay que verla desde esta clave de interpretación que nos descubre el significado «oculto» de muchas de sus experiencias. Lo que ellos han comprendido al final de la vida de Jesús, después de su muerte, se presenta aquí como un principio que moldea toda su vida, que se especifica en diversas escenas de su vida histórica. Los hechos históricos se entrecruzan con reflexiones sobre el significado de estos hechos; con citas del Antiguo Testamento que iluminen este significado; con motivos legendarios y títulos mesiánicos que se aplican al personaje histórico desde la perspectiva que se tiene de su verdadera identidad, y que se ponen en los hechos históricos mismos, en los personajes reales que vivieron con Jesús; en suma los evangelios aparecen como un relato teológico que descansa sobre una base histórica (la existencia de una persona real, con unos hechos y experiencias reales), pero que se adorna de muchos detalles, significaciones y motivaciones que no ocurrieron históricamente tal y como se narran en los evangelios.

Por eso cada evangelio es «teología»; nos ofrece la perspectiva que cada escritor tiene de Jesús y la de otras muchas tradiciones cuyos escritos y narraciones se recogen en cada evangelio. Lo importante no es decirnos con fidelidad literal lo que hizo y dijo Jesús, sino contarnos el significado de sus acciones y de sus palabras. Todos los elementos históricos o no históricos que puedan ayudarnos a captar este mensaje son válidos para los evangelistas.

Este es el contexto en el que tenemos que comprender las narraciones en las que se alude a las tentaciones de la vida de Jesús. Narraciones que descansan sobre un hecho cierto: Jesús fue tentado en su vida, pasó por la inseguridad y la prueba de tener que optar libremente por Dios. La vida de Jesús es modélica para los cristianos porque él pasó por las mismas pruebas por las que tenían que atravesar los demás hombres, y triunfó allí donde los demás habían fracasado.

Por eso los escritores del N.T. le dan diversos títulos que nos explican el significado que esto tuvo: Es el nuevo Adán (Rom 5,12-20), en cuanto que engendra nueva raza de hombres que se relacionan con Dios de una forma radicalmente distinta a la que se expresa en el c. 3 del libro del Génesis. En este sentido es un nuevo «Abrahán», o como acertadamente lo denomina la piedad popular andaluza es «Nuestro Padre Jesús Nazareno», en cuanto que origina un nuevo pueblo, una nueva comunidad de hombres que se relacionan entre sí y con Dios de una forma totalmente nueva en la historia humana.

Pero este título como otros muchos que se asignaron a Jesús, «Hijo de Dios», «Cristo», «Mesías», etc., y que explicitan su identidad «secreta», son el **resultado** de una vida en la que tuvo que arriesgar su seguridad y su futuro fiándose de Dios. De la misma forma que nosotros nos encontramos en la vida con situaciones difíciles, «situaciones límite», en las que se decide el significado de nuestra vida, de nuestras convicciones y valores e ideales, así también Jesús de Nazaret se encontró con estas situaciones en su vida, y en ellas definió su propia identidad, la que luego intentan expresar estos títulos. Los evangelios nos han dejado huellas históricas de estas situaciones conflictivas, y a partir de ellas tenemos que comprender el alcance de las decisiones de Jesús.

1. Las tentaciones del desierto

Antes de contarnos los evangelios los hechos de la vida pública de Jesús a partir de su bautismo por Juan Bautista, nos dan un relato sobre las tentaciones de Jesús en el desierto (Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Es lo primero que se nos dice de Jesús tras su bautismo, anteriormente a que se nos cuente algo sobre su predicación y actividades. Indudablemente aquí no tenemos una narración histórica¹, su carácter legendario es evidente para cualquier lector atento a los elementos mitológicos del relato. El mismo uso de citas del Deuteronomio para explicitar las tentaciones son un índice claro del carácter teológico del relato. Es una reflexión sobre las tentaciones de Jesús en el que se nos quiere indicar cuáles eran las grandes tentaciones con las que se encontraba Jesús confrontado en su vida, y de las que se nos va a hablar en el relato de su vida.

Aquí se nos ofrece algo así como un resumen anticipado, de lo que nos vamos a encontrar luego concretado en distintos hechos de su vida. Las tentaciones de Jesús en el desierto expresan el hecho histórico de que Jesús tuvo la posibilidad de dar a su vida un sentido distinto de la que tuvo, un sentido que hubiera llevado su vida por un sendero distinto al de la cruz. Esa posibilidad se rechaza como algo demoníaco, y por eso se ponen las tentaciones en boca de Satanás, que era en aquel tiempo el representante del mal, el espíritu del mal.

¿En qué consiste el núcleo de las tentaciones? En utilizar la relación especial que Jesús tiene con Dios en provecho propio. Sea para satisfacer necesidades materiales (Mt 4,4; Lc 4,3-4), sea para la satisfacción de la propia vanidad

(1) J. I. GONZALEZ FAUS, *Las tentaciones de Jesús y la tentación cristiana: Estudios Eclesiásticos* 47 (1972) 155-88; también, *La Humanidad Nueva* I. Madrid 1974, 182-94.

y prestigio (Mt 4,5-7; Lc 4,9-12), o más bien para alcanzar el poder en este mundo (Mt 4,8-19; Lc 4,5-8). Mateo y Lucas nos concretizan así el alcance de las tentaciones de Jesús, por el contrario Marcos (Mc 1,12-13) se limita a decirnos que fue tentado por el demonio, y espera a los relatos de la vida pública para ir concretizándonos esa tentación. Mateo y Lucas, siguiendo la tendencia de agrandar el evangelio de Marcos y contarnos muchos nuevos detalles, quieren ya dejarlo explícito desde el principio.

Jesús se encuentra aquí enfrentado a la posibilidad de utilizar su «influencia» con Dios para conseguir beneficios personales. Por el contrario el rechazo de la tentación, supone excluir una intervención extraordinaria de Dios en la historia humana en favor suyo. Jesús opta por la autonomía del hombre y de la historia sin acudir a intervenciones sobrenaturales que le faciliten su propia existencia. Su misión es una tarea que se le confía, en la que tiene que arriesgarse sin contar con privilegios especiales. La inseguridad, la oscuridad, el miedo, la indecisión son los elementos de la vida humana que quedarían mitigados en la vida de Jesús si él pudiera contar con un Dios siempre dispuesto a intervenir para resolverle «las papeletas» que le presenta su misión.

La reflexión teológica nos expresa con ello la que ha sido (lo que a va ser para el lector), la vida de Jesús, en un paralelismo consciente con la historia del pueblo de Israel. El fracaso de Israel consistió precisamente en utilizar su propia relación con Dios, su conciencia de pueblo elegido en favor propio: autosuficiencia religiosa; menosprecio de los pueblos paganos; nacionalismo político-religioso; racismo religioso (descendencia de Abrahán); uso de la **ley** como base de la propia seguridad que se atreve a exigir a Dios, quedando éste prisionero de su propia ley...

Estos trazos aparecen con frecuencia en la polémica de los evangelios contra el pueblo, aunque lógicamente no es posible achacar todos estos «cargos» a la totalidad de Israel. De ahí que los evangelistas al componer el relato de las tentaciones intenten resaltar el paralelismo entre Jesús, origen del nuevo pueblo de Dios, y el viejo pueblo que cayó en las tentaciones. Así el paralelismo de los 40 días (Dt 8,2-3), el desierto como lugar de las tentaciones, y el ayuno que llevó al pueblo a murmurar contra Dios (Ex 16,1-4), y que exigió una intervención milagrosa para calmar al pueblo (exactamente lo que rechaza Jesús), la composición de las tentaciones con citas del A.T. (Da 8,3; Sal 91,11-12; Dt 6,13.16). Especialmente Mateo insiste en recalcar estos paralelismos, mientras que Lucas lo presenta más desde la perspectiva individual del nuevo Adán. Lo importante es comprender que del mismo modo que la experiencia de Israel en el desierto, con sus tentaciones y con las intervenciones de Dios, representa un resumen y anticipación de lo que va a ser su historia posterior, así también

el relato de las tentaciones nos dice ya al principio de los evangelios en qué va a consistir la vida de Jesús, que resiste a las tentaciones y al que Dios «abandona» a su destino humano.

2. Las tentaciones de la vida pública

Este cuadro teológico, se va concretando a lo largo de la vida de Jesús. Veamos algunos aspectos: La vida de Jesús es un lugar de confrontaciones entre Dios y el demonio, como en las tentaciones. Si tomamos como base de estudio el evangelio de Marcos, que es el más antiguo y que ha servido de base para las ampliaciones posteriores de los evangelios de Mateo y Lucas, encontramos en el evangelio una serie de combates entre Jesús y el espíritu del mal que se nos presentan en la forma de exorcismos. El primer milagro que hace Jesús es curar a un endemoniado (Mc 1,21-28) y se dice que Jesús viene a destruir al demonio (1,24). Constantemente se resalta su actividad de expulsar demonios (1,34.39; 3,1.,14-15.22; 2-5.15; 6,7; 9,17-18.25), e incluso esto es tan importante para comprender la vida de Jesús que se nos dice que el pecado contra el Espíritu Santo que no se perdona consiste en malinterpretar su expulsión de los demonios (Mc 3,29-30). Los otros evangelistas también nos confirman la importancia de la expulsión de demonios cuando nos indican que esas expulsiones son la señal de que ha llegado el reino de Dios (Mt 12,18; Lc 11,20).

Es decir, la confrontación Jesús-espíritu del mal que se nos presenta en el desierto se repite luego a lo largo de la vida de Jesús, vida que se ve desde la perspectiva de una lucha por liberar a los hombres de los «demonios». Un estudio detallado de los exorcismos² nos confirma en esta comprensión: incluso los demonios intentan manipular o controlar a Jesús, invocando su nombre (según la creencia de la antigüedad de que el pronunciar el nombre de una persona daba un poder «mágico» sobre ella), y Jesús frecuentemente les hace callar. Incluso algunos exegetas indican que los «demonios» intentan conseguir que se les conceda gracia (5,7.10.12), y en cualquier caso es claro el intento del evangelista de presentar los exorcismos como un combate entre el enviado de Dios y el espíritu del mal (1,26; 3,24-27; 5,13; 9,26)³.

(2) Véase el excelente estudio de J. M. ROBINSON, *Das Geschichtsverständnis des Markus-evangelium*. Zurich 1956, 11-55; G. MINETTE DE TILLESSE, *Le secret mesianique dans l'évangile de Marc*. París 1968, 75-113. La interpretación que hago del evangelio de Marcos se apoya en gran parte en el estudio de Robinson.

(3) J. I. GONZALEZ FAUS, *Jesús y los demonios*: Estudios Eclesiásticos 52 (1977) 504-10; 513-19.

Así las curaciones de enfermos (según la mentalidad antigua, de «personas endemoniadas»), se interpreta por los evangelistas como una señal evidente de que el enviado de Dios está ya presente en una actividad liberadora contra los «demonios» de los hombres. Jesús viene a liberar a los hombres y para ello tiene que resistir los combates y tentaciones de los demonios. La tentación está siempre presente en cuanto que esos exorcismos son auténticas epifanías, revelaciones de Dios, en las que los demonios descubren la personalidad de Jesús. Como en el desierto se quiere de nuevo un mesianismo público y espectacular, avalado por la especial relación de Jesús con Dios («Santo de Dios», «Hijo de Dios» ...), pero Jesús siempre les manda callar (1,25.34; 3,12). La fidelidad de Jesús a Dios no puede mitigarse por una relación privilegiada que le alivie de la carga de su misión. Jesús está abandonado a su suerte humana, a las reacciones de sus caetáneos que reciben su mensaje, y el buscar ventajas por su identidad respecto a Dios supone caer en las mismas tentaciones que Israel. Jesús libera de los demonios, y de las enfermedades y posesiones que estos causan en el hombre (según la mentalidad de la Antigüedad). Sus exorcismos, prueba de su misión divina, son un ejemplo de su misión «liberadora». Viene para salvar al hombre, para liberarlo de sus demonios.

Sin embargo en el Evangelio de Marcos encontramos un detalle sorprendente. Los exorcismos y combates de Jesús con los demonios se nos van contando en los primeros capítulos del evangelio, hasta el capítulo nueve. A partir de entonces ya no hay más narraciones de exorcismos. ¿Es que entonces ya no hay más tentaciones, ni confrontaciones con los demonios? Esto no encaja con la afirmación del principio de que las tentaciones del desierto son un resumen y una anticipación de lo que va a ser **toda** la vida de Jesús, que el lector va a encontrar narrada en los capítulos siguientes de los evangelios.

Es que ahora las tentaciones van a tomar un nuevo cariz pero van a seguir siendo una constante en la vida de Jesús. Desde el momento en que la «táctica» del espíritu del mal ha fallado, en cuanto que Jesús ha vencido en los exorcismos, se presenta una nueva táctica con la que se intenta vencer a Jesús. A partir de ahora los representantes del espíritu del mal van a ser los jefes y líderes judíos, y ¡los discípulos! Veamos esto con más detalle.

Ya en esta segunda parte del evangelio se nos habla de los representantes del pueblo como los que le «tientan» (10,2; 12,13.15; 14,38) y anteriormente se nos ha indicado que «para ponerlo a prueba le pidieron una señal que viniera del cielo» (8,11-12). Jesús resiste siempre ese deseo de una señal milagrosa, que testificara sobrenaturalmente su mensaje y su identidad. La aceptación del mensaje de Jesús sólo es posible al hombre que se enfrenta con su vida con un espíritu abierto y de búsqueda, y comprende que la vida, mensaje y actividad

de Jesús son una revelación de Dios para los hombres. Que su estilo de vida responde a lo que Dios desea de los hombres. Pero Jesús rechaza obstinadamente toda pretensión de que se produzcan milagros, intervenciones extraordinarias de Dios en la historia humana, que hagan innecesaria la fe, el riesgo de optar por el estilo de vida de Jesús como una opción personal que lleva consigo la inseguridad, la oscuridad y la duda.

La oposición entre Jesús y los líderes judíos es por ello una nueva explicitación del combate entre el enviado de Dios y el espíritu del mal. Los hombres son agentes de la potencia demoníaca en la historia, y al no poder vencer a Jesús van a exterminarlo. En Jesús se realiza el destino trágico del hombre fiel a sus propias convicciones: cuando no es posible desmentir sus ideales, se busca desviarlo, alejarlo de su misión corrompiendo así su integridad y su mensaje, y cuando esto no es posible no queda más remedio que la violencia física, la destrucción del hombre justo que no acepta componendas y denuncia el poder del mal allí donde se encuentra. La historia de la pasión es un relato del último y denodado esfuerzo por vencer a Jesús, y como veremos constituye la prueba final de Jesús ante la tentación.

3. Las tentaciones de los discípulos

El segundo agente del mal son los discípulos de Jesús. Si la primera parte de la vida de Jesús está caracterizada por su actividad con el pueblo, la segunda etapa de su vida se caracteriza por su actividad con los discípulos. Probablemente aquí se nos indica un hecho histórico de la vida de Jesús de Nazaret: tras un primer intento de que el pueblo reciba su mensaje, poco a poco se va imponiendo la evidencia de que el pueblo no puede aceptar su visión de Dios, de la religión y del hombre. Y cuando Jesús va comprendiendo el presumible fracaso de su misión se dirige al grupo de los discípulos, se esfuerza por intensificar sus enseñanzas y prepararlos para que ellos continúen su tarea.

En este sentido es clave el c. 8.º de Marcos, que es algo así como el eje del evangelio. Ahí encontramos un pasaje clave: Jesús pregunta por lo que el pueblo piensa acerca de él, y luego exige a los discípulos que ellos tomen postura ante su propia identidad (Mc 8,27-33). El que esto responda a una situación histórica de la vida de Jesús se confirma cuando atendemos al hecho de que todos los evangelistas nos narran este hecho (Mt 16,13-23; Lc 9,18-22; Jo 6,66-69). Y desde el momento en que se da esta confesión de la identidad de Jesús, de su especial relación con Dios comienza un nuevo combate entre Jesús y los discípulos que se hacen portavoces del espíritu del mal.

El anuncio de que el destino de Jesús va a ser el sufrimiento y la muerte por fidelidad a su misión, es siempre rechazado por los discípulos. Cada uno de los anuncios de la pasión en Marcos (8,31; 9,31; 32-34) se caracteriza por el rechazo e incompreensión de los discípulos. Pedro se hace portavoz del sentir de los discípulos en este sentido, y Jesús le reprende públicamente y le llama ¡Satanás! (8,33). Sin saberlo están siendo los representantes del mal, «no piensan en lo de Dios, sino en lo humano».

Para que quede más clara esta incompreensión de los discípulos Marcos nos ha colocado a continuación de los tres anuncios de la pasión tres escenas en las que él nos describe claramente cuál es la «mentalidad» de los discípulos: A continuación del primer anuncio de la pasión se nos presenta una epifanía de Jesús, la transfiguración, en la que se revela la verdadera identidad de Jesús (9, 2-13). La reacción de los discípulos es «quedarse con él», disfrutar de una situación de «gloria» olvidándose de la misión histórica de Jesús y de todos los sufrimientos que ésta trae consigo. Jesús insiste por el contrario en sus sufrimientos (9,13), y resalta a continuación la poca fe de los discípulos (9,19) en la última curación de endemoniados que nos cuenta Marcos.

El segundo anuncio de la pasión precede inmediatamente a la escena que nos revela la mentalidad «típica» de los discípulos: se pelean por el puesto más importante, y como saben que estas ideas de grandeza chocan diametralmente con el mensaje de Jesús se avergüenzan de contestarle (9,33-35). Por último en el tercer anuncio de su pasión reaccionan de parecida manera cuando los hijos de Zebedeo intentan aprovechar la ocasión en beneficio propio y los discípulos se indignan contra el oportunismo de éstos (10,35-45). Siempre siguen a estas escenas las enseñanzas de Jesús en las que afirma que él no viene a aprovecharse de su relación con Dios para que los hombres le sirvan sino para ponerse al servicio de los hombres.

Es decir, los discípulos están cayendo en la tentación del desierto, quieren sacar «ventajas» de su condición de discípulos de Jesús, de su relación con Dios. La «religión» es para ellos algo que tiene que reportarles beneficios materiales y de grandeza y poder, por eso no comprenden la actuación de Jesús que rechaza toda búsqueda de privilegios, y menos en virtud de su identidad religiosa. Para Jesús la relación con Dios es algo que lleva a ponerse a «liberar» a los otros, para los discípulos una posible fuente de privilegios. Marcos refleja este contraste a lo largo de estos capítulos: Les predice un futuro de sufrimiento en el que van a tener que compartir su «destino» de la misma forma que compartirán su «misión» (10,43;13). En los relatos de la pasión contrasta la confesión de Jesús de su propia identidad, que aquí ya no aparece como tentación de grandeza sino identificada con un hombre que sufre sometido al

proceso que le va a condenar a muerte, (14,62), y la no confesión de los discípulos que le abandonan (14,50-52.66-72). En la pasión es Jesús un objeto pasivo en manos de las potencias del mal, «de los hombres endemoniados», y los discípulos le han abandonado porque no han comprendido, ni aceptado, la postura de Jesús. También ellos se sienten defraudados por Jesús. Su misma fidelidad la entendían en términos de violencia y poder físico (14,31.47-49), porque siguen presos en sus esquemas de grandeza y poder.

4. Las tentaciones de la pasión

Así estos últimos capítulos del evangelio de Marcos nos han mostrado la incompreensión de los discípulos que se han convertido por su afán de poder y grandeza en «tentadores» de Jesús. A la entrada de Jesús en Jerusalén (11,1-11) quisieron darle un sentido triunfal que contrasta con las alusiones constantes de Jesús al sentido de su vida y de su misión, y la pasión es el mentís a estas pretensiones. Pero la tentación de Jesús precisamente encuentra su punto culminante en la pasión. Jesús se encuentra solo, incomprendido incluso por sus mejores amigos, rechazado por el pueblo y acosado por sus líderes que han ido estrechando el cerco sobre él. No hace falta aludir a una especial clarividencia sobrenatural de Jesús acerca de su futuro (que sería una interpretación que de nuevo pretende amortiguar el hecho de que Jesús es plenamente hombre, y la inseguridad y oscuridad ante el futuro son una de las condiciones del ser humano), para aceptar que Jesús pudiese prever y anunciar su muerte futura. El desafío frontal que hacía Jesús a la sociedad, a sus representantes más cualificados y al «status» religioso del pueblo, era lo suficientemente arriesgado como para que Jesús pudiese contar con que su destino sería el mismo que el de Juan Bautista, y otros profetas anteriores. Los evangelios nos indican muchos detalles de cómo las confrontaciones con los líderes del pueblo crecían tanto en importancia como en frecuencia, y la decisión de darle muerte iba afirmándose en torno a él (14,1-2).

Ante esto Jesús se encuentra enfrentado a una dura prueba: Su fidelidad a Dios se revela como peligrosa para su propia vida, su misión le lleva a un enfrentamiento ineludible⁴. Jesús siente miedo, tristeza, y debilidad. Acude a la oración para encontrar fuerzas y resistir a la tentación de no ser capaz de mantener su fidelidad en este momento crucial (14,32-41). Aquí encontramos a un Jesús plenamente humano, débil y necesitado de Dios, y al mismo tiempo confiando hasta el final en Dios. La muerte en la cruz vuelve de nuevo a resaltar la radicalidad de la confianza de Jesús en Dios. De nuevo se le pide una señal

(4) J. MOLTMANN, *El dios crucificado*. Salamanca 1975, 206-19; 262-74.

milagrosa que le libraría de la cruz (15,29-32), la tentación en este momento decisivo de escapar de las consecuencias últimas de su radical seguimiento y fidelidad a su misión, utilizar su posición privilegiada en favor propio.

Esto se encuentra reforzado porque Jesús se encuentra abandonado. En su vida se encarna la historia tantas veces repetida del hombre justo que ve triunfar la injusticia y el mal en la historia, que asiste al silencio de Dios ante el triunfo de la opresión y de la injusticia. Jesús se encuentra enfrentado ante el problema trágico de la existencia y victoria del mal en la historia humana, difícilmente conciliable con la existencia de un Dios todopoderoso y bueno. Tiene que apurar hasta el final la radicalidad del sufrimiento injustificado e injustificable en la vida del hombre. El grito de Jesús en la cruz, preguntando por el abandono de Dios (15,34) son sus últimas palabras en el evangelio de Marcos, antes de su expiración. Son la expresión más cruda de la fidelidad de Jesús en una vida que se encuentra confrontada constantemente con la tentación, como nos indicaba el preámbulo del evangelio con la escena de las tentaciones del desierto. Y precisamente porque Jesús ha sido fiel hasta el final, (Lucas nos dice que Jesús afirmó al expirar «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46), se rompe el velo del templo, (símbolo de la otra forma de entender la relación con Dios, de la vieja religión), y un pagano afirma la identidad de ese pobre hombre muerto de forma ignominiosa con el hijo de Dios.

LAS TENTACIONES DE LA IGLESIA

Con esto nos encontramos en nuestro punto de partida. La vida de Jesús aparece enmarcada en el contexto de un enfrentamiento entre dos formas de entender la religión, dos formas de relacionarse con Dios. Por un lado la comprensión de la religión como un privilegio; como una fuente de ventajas en la sociedad y en la historia humana, que llevan consigo honores, influencias e incluso riquezas materiales: El aprovechamiento de la propia identidad religiosa en beneficio propio. Es lo característico de los representantes de la religión antigua cuyo proceder descalifica Jesús: ocupar los primeros puestos; uso de títulos y dignidades; deferencias y ostentación ante los demás hombres; aprovechar el conocimiento de la religión (de la ley), para imponer cargas que oprimen a los hombres; orgullo y autosuficiencia religiosa que contraponen la propia «pureza» a la falta de ética y de religión» de los pecadores... Y junto a estas pretensiones humanas también una serie de exigencias respecto a Dios: la exigencia de una recompensa ante la propia «justicia» fruto del cumplimiento de una ley; la petición de que Dios intervenga en la historia humana en las situaciones comprometidas para sacarnos «las castañas del fuego»; la búsqueda de milagros con los que Dios confirme la validez de sus enseñanzas y con los

que nos evite situaciones de inseguridad y de sufrimiento; el escaparse a las luchas y tensiones de la sociedad y de la historia humana en virtud de la relación con Dios que lleva al aislamiento y alejamiento de los hombres; la identificación de las exigencias de Dios con las propias exigencias de sus «representantes humanos»...

Por otro lado una forma de entender la religión radicalmente distinta: el comprender la propia cercanía y relación con Dios como un compromiso que nos lleva a ponernos al servicio de los hombres; al servicio de la liberación del hombre de sus «potencias demoníacas», el poder, el prestigio, el dinero, los diversos «ídolos de la sociedad» que exigen el sacrificio de los hombres; el rechazo de toda pretensión de privilegio en virtud de la propia identidad religiosa, e incluso la comprensión de que una mayor cercanía a Dios tiene que traslucirse necesariamente en el servicio a los hombres; el rechazo de los «valores de la sociedad» (los «valores del mundo») como determinantes de las estructuras e ideologías de la comunidad cristiana; la absolutización del hombre como el criterio sumo frente a toda ley, norma o mandamiento; la aceptación del sufrimiento e incluso del rechazo y la persecución por la fidelidad a las propias convicciones y valores, que necesariamente tienen que encontrar la oposición «del mundo»; la fidelidad y la constancia en el seguimiento de Jesús... Y junto a esto también una forma distinta de comprender la relación con Dios: Aceptar el silencio de Dios en la historia, la ambigüedad de la historia humana con todo el mal y sufrimiento que hay en ella; el rechazo de un Dios «tapa huecos» que viene a resolvernos los problemas de la sociedad y de la historia humana, en lugar de respetar la libertad y autonomía humanas; el rechazo de toda relación o experiencia religiosa que aleja al hombre del más acá, que lo aliena de la relación con los demás hombres y sus problemas para concentrarse en el más allá, sea por medio de experiencias místicas, ascéticas o gnósticas; la comprensión de la sociedad como el «lugar» del encuentro con Dios donde se juega tanto la relación con Dios como la relación con el hombre; la entrega a Dios como respuesta confiada y amorosa, y no como búsqueda de privilegios e intereses...

Son dos formas de comprender la vida y la religión que permanecen en la historia y en la sociedad humana. La resurrección de Jesús, algo que se escapa ya a la coordenadas de lo empírico y de lo histórico y que por tanto no es algo demostrable, es la proclamación de que Jesús tenía razón contra los líderes religiosos del pueblo y sus mismos discípulos. Precisamente porque no se trata de un hecho intrahistórico enumerable entre los hechos de los hombres, la historia permanece en su ambigüedad, con su aparente afirmación del mal y la injusticia como medio de triunfar y realizarse en la vida. Ambas concepciones de lo religioso continúan en la historia humana y los discípulos posteriores de Jesús se encuentran enfrentados a su misma tentación y su mismo dilema.

La historia de la Iglesia, de la comunidad cristiana es la historia de este dilema. En ella se mezclan ambas concepciones, y del mismo modo que los discípulos no comprendieron, en muchas épocas de la historia se pone en primer plano la incomprensión de los cristianos. La historia de la Iglesia ofrece abundantes ejemplos y muestras de cómo los discípulos no han sabido resistir a las tentaciones, y cómo en la comunidad cristiana la tentación del poder, del prestigio y de las riquezas ha prevalecido en muchas ocasiones, ha dejado sus huellas en su tradición, en su doctrina, en sus instituciones, y en su espiritualidad. Junto a esto y mezclado con ello están los capítulos de persecuciones, de enfrentamiento, de sufrimiento y de inseguridad, precisamente por haberse identificado con el estilo y valores de Jesús de Nazaret, por haber permanecido fiel a su espíritu y a su seguimiento.

En los evangelios se nos habla de esta situación nuestra con las imágenes del trigo y la cizaña, de la red que contiene buenos y malos pescados, del sol que sale sobre buenos y malos. El sentido de la historia es ambiguo en tanto ésta continúe su curso, y en ella se prosigue el combate entre «los hijos de la luz y de las tinieblas», según la terminología de los escritos joaneos. Este combate prosigue el iniciado por Jesús, y sus discípulos se encuentran enfrentados a sus propios problemas. Los cristianos tienen a veces la tentación de trazar la línea divisoria que separa los unos de los otros, según la pertenencia o no a la Iglesia. Con esto se olvidan de la trágica «autosuficiencia» de Israel, de la ceguera de los «líderes religiosos», y de las afirmaciones de Jesús acerca de la entrada en el reino de prostitutas y pecadores públicos. Los mismos discípulos quisieron impedir la actividad de uno que expulsaba demonios en su nombre porque no era uno de ellos (Mc 9,38-40). Jesús lo impide, porque todo el que se pone al servicio del hombre, el que hace de su vida una tarea de liberación de las potencias demoníacas que nos aprisionan y esclavizan está sirviendo a la causa de Jesús aunque él no lo sepa.

Las tentaciones cruzan la vida de la Iglesia, como la del mismo Jesús. Y se hacen presentes en la vida de cada cristiano. El sentido de la historia y de nuestra propia vida no se decide en el más allá, sino que depende del sentido que damos a la historia, la nuestra y la universal, desde dentro de la historia, desde el más acá de nuestra existencia concreta y cotidiana.

Juan A. Estrada